

Edurne Portela y José Ovejero

Una belleza terrible



EDURNE PORTELA Y JOSÉ OVEJERO

Una belleza terrible

Galaxia Gutenberg

**Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).**

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2025

© Eudurne Portela y José Ovejero, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 74-2025
ISBN: 978-84-10317-32-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

¿Y si un exceso de amor
los deslumbró hasta su muerte?
(...)
Ha nacido una belleza terrible.

«Pascua, 1916»,
W. B. YEATS

Ya no pertenecemos al futuro
pertenecemos por completo a esta época:
es sanguinaria y vil en su amor por la humanidad.
Somos sanguinarios y viles como los hombres de este tiempo.

«Confesiones»,
VICTOR SERGE

I

EUROPA

Paseos por Le Marais

AÑO 2024

Oigo hablar chino, ruso, inglés, alemán. No escucho yiddish ni polaco. Las calles están impolutas, con muy poco tráfico, las gentes visten ropa cómoda pero cara, de turistas que quieren recorrer mucha ciudad, cargar con bolsas voluminosas de tiendas exclusivas, agotarse sin esfuerzo. Nadie con quien me cruce por la calle tiene aspecto de estar yendo o viniendo del trabajo o de trabajar en una fábrica, una imprenta, ni siquiera en un comercio. O por lo menos de tener que hacerlo hoy, mientras pasean con su ropa de turista y su cara de turista. Igual, de vuelta a casa, tienen un trabajo que requiera usar su fuerza o ciertas habilidades especializadas, pero ahora solo necesitan una tarjeta de crédito para pasear por Le Marais.

Es difícil y a la vez fácil imaginar el barrio hace ciento veinte años. Lo fácil es imaginar su aspecto arquitectónico: las casas se han conservado intactas, al menos en las que vivió Raymond Molinier. Visito su primer hogar en la calle Vieille-du-Temple 24. Tomo un par de fotos de la fachada. El portal es demasiado elegante para la descripción que aparece en las memorias de Molinier. Tiene una doble puerta enorme, verde y con apliques de bronce, el arco decorado con dos grifos de alas desplegadas que reposan sus patas en sendos escudos con la letra D, que no sé a qué se refiere. Los pisos superiores tienen grandes ventanales, parecen amplios y luminosos, nada que ver con la descripción del propio Molinier. El bajo y la entreplanta se alquilan,

no sé a qué precio: ciento diez metros cuadrados en tres niveles, reza el anuncio.

Envío las fotos a José. Relee lo que Molinier cuenta en sus memorias y me dice que, efectivamente, ese es el portal, pero que vivían en el último piso, una buhardilla retranqueada que desde la calle ni siquiera se ve. Posiblemente tenga las ventanas chiquitas, los techos bajos y se acceda a ella por una escalera estrecha. José me envía la dirección de la segunda casa de Raymond. Está a solo cinco minutos de la primera, en una especie de pasaje coqueto, adoquinado, flanqueado por tiendas caras. Hago fotos y un vídeo, me enfoco en el primer piso, que es donde vivió la familia una vez que Germaine Huot d'Anglemont entra en sus vidas, amadrina a Raymond y suben de estatus. A un lado del portal hay un restaurante elegante; al otro, una tienda de calzado UGG. Se lo envío también a José. Miro más escaparates, veo unos botines rojos divinos pero cuestan casi cuatrocientos euros, así que ni entro.

Lo difícil es imaginarse el ambiente del barrio hace ciento veinte años, sin tiendas ni restaurantes chic, poblado por inmigrantes judíos, polacos, trabajadores franceses como el padre de Raymond y su hermano Henri. Hay algo incongruente entre la belleza de las calles y los edificios y el testimonio de las vidas obreras de aquellos años.

Es un día frío de febrero, son las cuatro de la tarde y empiezo a chispear. Llevo horas andando por las calles de París. El cansancio me puede y decido volver al hotel. Atravieso la plaza de los Vosgos y me detengo, brevemente, a observar la fachada de los edificios donde vivieron Victor Hugo, el Cardenal Richelieu, Théophile Gautier, entre otros. Me los imagino pululando por esos espacios, pero el presente me descoloca: los soportales están descuidados, con residuos de basuras, las paredes descascarilladas, locales cerrados a cal y canto. Continúo mi camino ya sin paradas, atravieso el Sena de vuelta a Montparnasse. Llamo a José desde la habitación del hotel:

—¿Qué te parece? ¿Te imaginas a Raymond y a su hermano por esas calles?

—Sí, es emocionante que podamos ver las casas y las calles donde vivieron. Pero también inquietante. Parece un barrio súper pijo, ¿no?

—Mucho. Hay que abstraerse bastante del presente, la verdad.

—Al ver las fotos, pensaba en que, aunque vayamos a los sitios que recorrieron y fueron escenario de sus vidas, siempre nos quedaremos fuera. Como tú, delante de la fachada, pero sin poder entrar. Y, si entraras, sin poder acceder a lo que fue su buhardilla. Y, aunque también lograras esto, todo estaría cambiado: muebles diferentes, quizá derribaron tabiques o levantaron nuevos, incluso puede que hayan subido los techos. Por mucho que consigamos testimonios, nos documentemos, vayamos a los escenarios de la historia, siempre tendremos la impresión de que, de alguna manera, no podemos penetrar del todo en el pasado.

—Para eso está la ficción, ¿no? Si lo piensas, la imaginación nos permite entrar en los sitios como si fuéramos fantasmas, atravesando paredes, presenciando escenas del pasado...

—No va a ser fácil. Vamos a escribir sobre personajes muy diferentes. Fíjate que de algunos tenemos un montón de información, de otros apenas nada...

—Y a algunos los seguimos durante décadas, en dos continentes. A otros en un momento concreto de sus vidas. Por eso debemos darnos la libertad de escribir como mejor convenga a cada personaje, a cada situación, sin buscar una voz común y desde distintas perspectivas. Algunos personajes llenarán páginas, otros tal vez se asomen un rato y desaparezcan. Intentaremos vislumbrar, aunque sea a retazos, la complejidad de todas esas vidas.

—Te escucho y se me ocurre la metáfora de un caleidoscopio en el que cambia la imagen en cuanto lo mueves, pero las piezas siguen estando ahí.

—Apúntate esto. Es una idea fantástica.

—A ver si la retomo más tarde.

—Y otra cuestión que me ronda: sería interesante escribir sobre las dificultades de abordar esta historia, nuestras dudas, también sobre el reto de escribir juntos...

—Tenemos que pensarnos si esto aporta algo a la novela, pero podemos hacer como siempre hacemos: lanzarnos y luego decidir si es útil o no.

Seguimos hablando aún un rato sobre las dificultades que nos vamos a encontrar durante la escritura pero también con entusiasmo ante las escenas que comenzamos a imaginar. Yo, en una habitación de un pequeño hotel de Montparnasse, en medio de esta ciudad tan vasta y ruidosa; José, en nuestra casa de un pueblo minúsculo al borde del bosque. Tan lejos uno del otro y sin embargo en el mismo sitio.

* * *

AÑO 1910

Quienes no les conocen pensarán que son madre e hijo. Léonie tiene veintitantos pero podría tener más, su cara tan ajada como sus manos; él, un niño escuálido, imposible calcular su edad, sentado en una incómoda silla de ruedas que ella empuja con determinación, haciendo un enorme esfuerzo, por las calles del barrio. El niño lo mira todo con sus grandes ojos azules, hundidos en la carita demacrada. Ella se detiene cada poco: necesita parar y frotarse las manos, doloridas por el esfuerzo y entumecidas por el frío; continúa, pero la frena un montón de basura que desborda la acera; sigue empujando, la rueda queda atrapada en un boquete. Hace una parada en el taller del zapatero judío que le ha remendado una bota; después, ante la puerta de la panadería que hornea los pasteles que vuelven loco a Raymond; si no pueden comprar, por lo menos disfrutarán su olor y saludarán a Marie, la dependienta amiga de Léonie que, de vez en cuando y sin que la vea su jefe, regalará al niño enfermo un trocito de pastel de manzana.

Quienes les conocen saben que son hermanos, que Léonie es la tercera y Raymond el pequeño de cinco. Ella tiene vocación de monja y él padece tuberculosis ósea; ella acabará ingresando en el convento y él, él no se sabe todavía qué llegará a ser, o si llegará a ser algo más que un niño enfermo. Léonie lo pasea siempre por las mismas calles porque tiene un objetivo: salir del barrio y visitar Notre Dame. Se lo toma como una peregrinación: cuanto más frío hace y más incómoda es la travesía, incluso con nieve y el viento helador del Sena, mejor, más grande será la recompensa. Dios, le dice al pequeño Raymond, es amigo de los obreros, de quienes llegamos aquí extenuados por la vida y el esfuerzo, de quienes a pesar del dolor y la miseria seguimos creyendo en su bondad y su justicia. Dios, insiste Léonie, está del lado de los trabajadores y de los desarrapados. Raymond asiente y no lleva la contraria a Léonie porque para él su hermana es pura bondad y no merece ser contrariada, pero piensa que los argumentos de Henri son mucho más convincentes. Henri, cuando le saca en su carrito de ruedas por el barrio, no le cuenta historias de santos, no le habla de Dios. Si salen de Le Marais, no visitan Notre Dame, sino que vuelan, gracias a las grandes manos y el brío juvenil de Henri, hacia el este de la ciudad, a las calles donde se forjan las huelgas, donde estalla, cada vez con más frecuencia, la indignación revolucionaria. Henri es todavía un niño, apenas doce años, seis más que Raymond, pero sus manos ya conocen el trabajo, su estómago el hambre, sus ojos la necesidad. Henri y Raymond han escuchado a su padre, de normal silencioso, narrar su participación en los sucesos de la Comuna, han visto sus ojos, de normal apagados, encenderse al contar la resistencia ante los prusianos: las bombas caseras, los hierros y las piedras, los puños para defender lo propio, que es propio doblemente: el suelo que pisan y el sueño de transformación que imaginan. Los dos hermanos, hijos de comunero, no saben todavía que unas décadas después ellos también organizarán la resistencia contra los descendientes de Bismarck. Pero sí imaginan, Raymond

en su silla de niño enfermo, Henri en su papel de cicerone del mundo obrero, que continuarán la lucha de ese padre que ahora ha bajado los puños, al que la vida ha sumido en el silencio y la derrota.

El pequeño Raymond primero tendrá que luchar contra su enfermedad, aceptar, pese al miedo y al desvalimiento, que lo internen en un hospital durante meses de los que apenas le quedará el recuerdo de un olor indefinible, entre podredumbre extrema y limpieza cuartelaria, y el sonido del llanto de los niños que le rodean pero no el suyo, él no llora porque las lágrimas debilitan y porque sabe que saldrá de ahí: se lo dice Henri en cada visita, Léonie también, que además está convencida porque se lo ha dicho Dios durante sus oraciones; Henriette y Marguerite no asoman mucho por el hospital porque dicen que para qué, si ya lo van a mandar a casa, aunque van más que su madre, atada a las telas, la aguja y el hilo, con la espalda encorvada y las manos deformadas por la artrosis que la obliga a coser cada vez más lento, con lo que los encargos se acumulan tanto que ni siquiera puede visitar a ese pobre hijo, nacido tan a destiempo que es normal que sea un niño enfermo; el padre tampoco va porque no soporta la mirada desvalida de su hijo y porque después de la jornada solo puede beber y jugar una partida; a pesar de que su cuerpo ya no es tan fuerte, él sigue cargando y descargando bultos en el mercado, como si tuviera veinte años en vez de sesenta o setenta, nadie sabe cuántos, ni siquiera él.

Tarda un poco más de lo que sus hermanas y su hermano le habían prometido, pero seis meses después Raymond está en la calle y, al poco, pueden revender la silla de ruedas a una familia menos afortunada. A partir de entonces Raymond luchará por convertirse en un hombre fuerte, imbatible, fiero. Desechará de su vida la debilidad y el cansancio, la enfermedad y la flaqueza, y todas esas otras cosas que un buen revolucionario desprecia: estabilidad, una vida predecible y cómoda, paz.

El demonio soy yo

Lo primero que escucho en la mañana, aún de madrugada, es el crujir de los escalones de madera bajo los pies de mi padre, cuando sale a trabajar en Les Halles. Quizá son precisamente sus pasos los que me despiertan. Mi hermana Léonie, en el camastro de al lado, ni siquiera se mueve. Gimotea algo que no entiendo, pero eso lo hace casi todas las noches y despierta siempre con cara de susto, como si saliese de un sueño en el que está a punto de sucederle algo terrible. Lo sé porque siempre me despierto antes que ella y, aunque la habitación está a oscuras, veo su cara pálida y sus ojos muy abiertos. También sé que tiene pesadillas porque no es raro que me diga: «Raymond, esta noche he soñado con el infierno. Y yo estaba en él». A mí me parece imposible que Léonie, que no ha hecho nada malo en su vida, pueda ir al infierno y se lo digo. Nunca le pregunto si me ve a mí también en medio de las llamas. Prefiero no saberlo.

Por las mañanas aguardo en vela desde que se levanta mi padre y poco después oigo el sonido continuo de la máquina de coser de mi madre. Si viviésemos un piso más abajo, me asomaría a la ventana para ver el ajetreo de los obreros y las criadas que marchan para el trabajo, vigilaría la llegada del día. Pero en nuestra buhardilla los ventanucos solo permiten ver un trozo minúsculo de cielo, los tejados de las casas vecinas y el alero del nuestro. Una madrugada me descubrieron sentado sobre la pizarra, con los pies en el canalón, mirando hacia abajo. Creo que tenía cuatro o cinco años. Yo ni me acuerdo.

Ahora una malla metálica me impide cualquier escapada por los tejados.

De todas formas, esta hora de la mañana es mi preferida del día. Me gusta incluso más que jugar con los niños del barrio. Me quedo así, respirando despacio, pensando en lo que me ha ocurrido y sobre todo en lo que me va a ocurrir, en lo que quiero que me ocurra. Porque yo estoy haciendo planes para el futuro. Aunque tenga ocho años, ya soy un hombre. Mi padre se ríe cuando lo digo y mi madre pregunta si he hecho los deberes, pero es verdad. Mi padre puede que lo haya sido en algún momento. No es que no lo crea; supongo que las cosas que me cuenta de la Comuna son ciertas, también que tiraban piedras y disparaban a los prusianos que vinieron a acabar con ella. Yo le escucho e intento imaginar cómo era mi padre entonces. Por mucho que me esfuerce, solo consigo recordar el día que me llevó a Les Halles, cuando yo tenía tuberculosis y mis hermanas me acarreaban de un lado para otro en un carrito, pero ese día andarían ocupadas, mi madre lo estaba siempre, y mi padre tuvo que encargarse de mí.

Me dolió tanto. Me dieron unas ganas de llorar que apenas podía mirarle, y mucho menos cuando me hacía un gesto desde lejos como para decirme que no me había olvidado. Veía a mi padre acarreando bultos de hombres y mujeres que no parecían ni percatarse de su presencia, correteando de un puesto a otro para ofrecer sus servicios a cualquier comprador, recibiendo las monedas que le depositaban en la palma extendida como si diesen limosna a un pobre. Me había dejado sentado en mi carrito junto a una carnicería y aún no sé separar las náuseas que me producía el olor de la carne amontonada sobre el mostrador de la imagen servil de mi padre.

Cada día, al regresar a casa, cansado, con una mirada tan poco expresiva que sus ojos recuerdan los de un ciego, entrega a mi madre el dinero ganado, se lava en una palangana, se pone la ropa de calle y, cuando está listo, se acerca a mi madre, que saca unos céntimos de un bolsillo del delantal y los deja en

una esquina de la mesa. Él los coge con la cabeza gacha y se va a beber y a jugar a las cartas con sus amigos. Desprecio la vida de mi padre. La sumisión. La derrota. Lo desprecio por el ejemplo que me da.

No se lo he contado a Henri. Sé lo que me diría y sé que tendría razón. Nuestro padre hace lo que puede para mantenernos. Ellos ya no son capaces de hacer otra cosa, son demasiado mayores para cambiar nada. Eran ancianos cuando me tuvieron. No contaban con más hijos –mi hermana Léonie tenía ya veinte años, las mayores ni lo sé– y de pronto aparecí yo. Se ríen contando que llegué justo el día que tocaba pagar el alquiler. Se ríen, pero el pánico les asoma a la cara cuando lo recuerdan. Sigue siendo un día terrible, también lo son los anteriores, cuando tenemos que elegir entre cenar o almorzar, para ahorrar los últimos céntimos; cuando mi madre rebusca en bolsillos y cajones por si ha quedado una moneda olvidada. Pero ¿quién va a olvidar una moneda en esta casa?

Por eso estoy tan enfadado con ellos. Yo soy un hombre y ellos son niños que no saben lo que hacen. ¿A quién se le ocurre? En serio. Yo tengo ocho años y sé perfectamente que no habría devuelto el maletín. ¿Para qué? ¿Por qué? O sea, que mi madre se encuentra en un taxi un maletín lleno de joyas y no se les ocurre otra cosa que localizar a los dueños. Yo, cuando mis padres empezaron a discutirlo en la cocina, junto al fogón apagado, me fui al dormitorio. Me daban ganas de ponerme a dar gritos. Henri estaba sentado en una esquina y miraba por el ventanuco. Mis hermanas no decían nada; ellas nunca dicen nada.

Henri dice que padre es un hombre inteligente. Quedarse con las joyas no habría servido de nada. Si hubiese sido dinero en metálico sí, pero ¿a quién vendes las joyas? Y si te descubren, ¿qué? A la cárcel y entonces ya me dirás quién gana el sustento. Me da igual. Yo me habría quedado las joyas y ya habría descubierto cómo venderlas, aunque fuese guardándolas unos años.

Los dueños del maletín, una pareja mucho más joven que mis padres, vestían como la gente que sale de la ópera. Olían distinto, a algo dulce y suave. Entraron en nuestro apartamento. Los hombres se sentaron a la mesa a conversar —él no aceptó el licor que le ofreció mi padre—. Ella sonreía todo el tiempo, sentada en la mecedora, mi madre en una silla delante de ella; la señora tomó las manos de mi madre, cuchichearon. De vez en cuando me miraban las dos, mi madre con lágrimas en los ojos, ella con mirada de cura piadoso, como si me perdonase un pecado que ni siquiera he cometido. Nadie me consultó. No me preguntaron si quería que fuese mi madrina, ni si quería ir al colegio católico, ni si me parecía bien que nos mudásemos a otro piso. Me da igual que sea un primero y que tenga ventanas que dan a la calle. Yo no voy a deberles nada a esa gente. Que no esperen mi cariño ni mi agradecimiento. Además, después de una semana en el nuevo colegio, ya sé que no quiero ir a esa mierda de sitio. Lo peor es que tengo que llevar uniforme y un gorrito ridículo. Mis amigos judíos se parten de risa al verme regresar por la tarde a casa; lógico, yo también lo haría. Con esa ropa parezco medio marica.

De todas formas, no voy a durar mucho en el colegio. Esta mañana he robado la palmeta al maestro. Un chico que se muda a otra ciudad quería quedársela como recuerdo pero no se atrevía a cogerla. Se la he vendido por unos céntimos. El maestro ha dedicado un buen rato a buscarla por todas partes. No sabe que soy el culpable, pero los idiotas de mis compañeros no paraban de mirarme y de reírse por lo bajo. Que me echen, qué más da. Henri dice que va a haber una guerra, si es que no estalla antes la revolución, y entonces cerrarán los colegios y las fábricas.

Una cosa tengo clara: no me voy a rendir como esperan. Me imagino a mí mismo, tijera en mano, destruyendo las telas y los patrones con los que trabajará mi madre para hacer vestidos a las ricachonas, que eso también se lo ha prometido mi madrina: «no te faltará trabajo y tendrás una clientela selecta». Qué

asco. Ni siquiera voy a ocultar que he sido yo. Que me castiguen. Que me echen de casa. De todas formas, me voy a largar de aquí, eso es seguro. Cuando se lo digo a Henri, sonrío, me revuelve el pelo y dice: «yo te voy a llevar conmigo». Creo que lo dice en serio y nada mejor podría sucederme.

Le acompaño por las tardes a repartir panfletos, también a reuniones que tiene con hombres mucho mayores que él, y a veces nos escondemos juntos de la policía, en una zanja o en un callejón. A su lado escucho, aprendo, me lleno de la rabia que todos ellos transmiten. Y cuando reparto los panfletos digo que hay que acabar con los burgueses y que la revolución está cerca. No sé si es verdad, pero es como si al decirlo la posibilidad fuese más real.

Si llegase la revolución, iría a casa de mi madrina, le robaría las joyas y los vestidos de seda. Ella me suplicaría que no le quitase el broche de nácar que lleva en el pecho y yo le diría que bueno, que el broche puede quedárselo. Y si su marido intentase impedirme rebuscar en los cajones le pegaría un empujón que le haría caerse de culo. Tengo ocho años pero soy mucho más fuerte de lo que piensan.

Pero ahora estoy aquí, impotente, tumbado en la cama, viendo cómo la claridad va entrando poco a poco en la habitación y negándome a aceptar que hoy es la última vez que oiré los pasos de mi padre descendiendo por la escalera de madera, que no veré más a mi hermana Léonie despertando con cara de susto y quizá no escucharé el sonido tranquilizador de la máquina de coser de mi madre entrando por debajo de la puerta, porque hoy nos mudamos al nuevo apartamento y Léonie tendrá por fin una habitación para ella sola y mi madre un cuarto de costura y las escaleras serán de mármol y todo será tan distinto y tan poco nuestro, tan prestado.

¿Sabes con qué he soñado?, me pregunta Léonie, que se ha despertado sin que me dé cuenta.

Con el infierno, le digo. Y el demonio soy yo.